

Dionisio Borobio

**VARIEDADES
SOBRE LA LITURGIA Y
LOS SACRAMENTOS HOY
EL FUTURO DE LOS SACRAMENTOS**



**UN NUEVO FUTURO DE
LA LITURGIA
Y LOS SACRAMENTOS**

Se dice que en el cambio y la adaptación está la pervivencia de las diversas realidades de la vida que, en su evolución natural y en la diversidad de etapas y circunstancias, van adoptando distintas formas de expresión y comunicación, aún permaneciendo lo esencial de su identidad. Lo mismo sucede en lo que respecta a la liturgia y los sacramentos de la Iglesia, y así lo reconoció el Vaticano II, en la Constitución de Liturgia (SC 3-4.21). La misma experiencia histórica de la Iglesia manifiesta el dinamismo cambiante de esta realidad, desde el principio a nuestros días.¹

Nuestro objetivo en este capítulo es mostrar cómo rito y ritualidad, liturgia y sacramentos que los implican, si bien no pueden ni van a desaparecer, están reclamando una nueva adaptación a los cambios radicales y las circunstancias variantes en las que se celebran, no solo debido a los cambios en los que los ofrecen (sacerdotes, ministros diversos), sino también debido a los drásticos cambios de las actitudes y expectativas de los que los demandan (sujetos, comunidades, grupos).

1. Radicalidad de los cambios que vivimos

A partir del Vaticano II, los cambios cobran cuerpo en los diversos Rituales y Documentos de aplicación de los mismos. En ellos se condensa una renovada identidad teológica, una nueva configuración ritual, un nuevo orden y dinamismo celebrativo. No obstante perma-

1 Puede verse de forma amplia y fundamentada en los estudios de historia de la liturgia, como, por ejemplo: M. RIGHETTI, *Historia de la liturgia* I-II, Madrid 1955-1956; E. CATTANEO, *Introducción a la historia de la liturgia occidental*, Madrid 1969; Íd., *Il culto cristiano in occidente. Note storiche*, Roma 1978; Th. KLAUSER, *Breve historia de la liturgia occidental*, Barcelona 1968; X. BASURKO – J.I. GOENAGA, “La vida litúrgico sacramental de la Iglesia en su evolución histórica”, en D. BOROBIO (ed.), *La celebración en la Iglesia I. Liturgia y sacramentología fundamental*, Salamanca: Sígueme³1992, 49-204.

nezca una identidad sustancial común, las interpretaciones concretas de cada lugar y de las distintas comunidades manifiestan variedades, algunas legítimas (cf. *Legitimae varietates*), otras no tanto. Las corrientes de interpretación se dividen, yendo desde la crítica y el complejo de lo ritual por esclavizante y poco evangelizador, a la exaltación del rito como aglutinante de la voluntad de liberación del pueblo sencillo, que por su religiosidad popular manifiesta sus profundas aspiraciones.

En la *era de la postmodernidad* seguimos entre dos corrientes: la de aquellos que critican o rechazan los ritos, porque suponen una humillación del saber objetivo, de la experimentación y la investigación, y se oponen al talante funcional y práctico-técnico del hombre moderno; y la de aquellos que valoran la importancia de los ritos y símbolos, no solo porque pertenecen a la esencia de lo humano y a la estructura simbólica del hombre, sino también porque son elementos identificantes, integrativos, socializadores...²

Sin embargo, no acaba aquí la tensión interpretativa, ni la urgencia a nuevos cambios. *Nuevas situaciones y mentalidad* están condicionando la interpretación y praxis de la liturgia y los sacramentos. Así la racionalización abusiva, el pragmatismo y materialismo, la tecnología y la informática, la globalización y las manifestaciones extremistas y violentas de la vida social... Y, sobre todo, los cambios de comprensión, actitud y comportamiento de los sujetos que los demandan, de

2 Escribíamos hace algún tiempo: “En pocos años se ha pasado de la crítica más acerba de lo simbólico-ritual (desacralización) a la afirmación más ferviente de lo ritual-simbólico (ciencias humanas); de las profecías de la desaparición de la religión (Nietsche, Marx), a la constatación de la pervivencia de lo religioso (Cox, Greeley)... Y quizás en ninguna época como en la nuestra se ha hablado y escrito tanto sobre los ritos y símbolos desde las diversas ciencias como en la actualidad: la fenomenología de las religiones (M. Eliade; J.D. Martín Velasco, J.M. Mardones), la psicología (S. Freud, J. Jung), la pedagogía (J. Piaget), la filosofía (P. Girard, A. Schaft), la semiótica (F. Sausure, Ch. S. Pierce), la sociología (E. Durkheim, S. Kreiter), la antropología (E. Cassirer, P. Ricoeur, A. Vergote), la teología (P. Tillich, K. Rahner), la sacramentología (L. Boff, L.M. Chauvet)”, en D. BOROBIO (ed.), *La celebración en la Iglesia I. Liturgia y sacramentología fundamental*, 410.

los destinatarios a los que la misma Iglesia ofrece esta liturgia, sea sacramental o de religiosidad popular. Los ritos de otros tiempos y las instituciones que los imponen (Iglesias, confesiones) se ignoran; los ritmos y secuencias que encadenaban los ritos se transforman (etapas, estaciones, noche y día...); los mitos fundadores que daban sentido al rito caen (no se cree en las utopías, ni en fundadores religiosos); las palabras que acompañaban a estos ritos ya no se entienden (pues nace un nuevo lenguaje expresivo o comunicativo); las instituciones clásicas (familia, escuela, Iglesia) declinan su transmisión; surgen nuevas formas más emocionales, inmediatas (movimientos, sectas) y más técnicas de comunicación y expresión (Internet, TV); el individualismo conduce a una privatización de la religión o a una “religión a la carta”, que lleva a muchos a una ritualidad a la propia medida, en la que “el cliente quiere ser el rey”; muchos ritos dados resultan, para no pocos, estériles, porque la fe o creencia que los sustentaba ha desaparecido, aunque permanezca la forma ritual.³

No obstante esta nueva “crisis”, hay que decir que el *homo religiosus* no desaparece, que lo sagrado sigue manifestándose por mil resquicios, que, si por una parte se reivindica la ritualidad del pasado desde una actitud neoconservadora, por otra se engendran y nacen nuevos ritos, unas veces seculares, otras semi o pseudoreligiosos, otras veces religiosos, y otras cristianos. Todo hombre, todo grupo, toda comunidad, toda sociedad necesita de ritos y símbolos. Lo ritual no desaparece, se transforma. Los grandes rituales religiosos eclosionan en rituales domésticos, de pequeños grupos, de aconteceres seculares. La religión

3 Cf. A. PASQUIER, “Identification de rites initiatiques contemporaines”, en B. KAEMPF (ed.), *Rites et ritualités*, París 2000, 161-182; F. MOSER, “Les rites, révélateurs de notre vie en société”, en *Ibid.*, pp. 205-222, aquí 220; D. BO-ROBIO, *Cultura, fe, sacramento* (Biblioteca Litúrgica 17), Barcelona: Centre de Pastoral litúrgica 2002. Sobre todo, los capítulos: “El hombre, el rito y la fe” (c. 3); “Liturgia y posmodernidad. De los ritos a los sacramentos” (c. 4); P. GÓMEZ, “El ritual como forma de adoctrinamiento” [en línea], *Gazeta de Antropología* 18 (2002), artículo 1 <<http://www.gazeta-antropologia.es/?p=3141>> [Consulta: junio 2021].

no puede existir sin ritos, pero tampoco puede pretender el monopolio de lo ritual... La cuestión es en qué medida esta evolución nos afecta y de qué modo los ritos cristianos pueden entrar en sintonía con esta nueva sensibilidad y ritualidad del hombre.

2. Pervivencia en perspectiva socio-antropológica

Hasta aquí hemos constatado los cambios radicales que se están dando en relación con los ritos tradicionales, entre los que están los ritos religiosos y, por tanto, la liturgia y los sacramentos. La religión y las expresiones religiosas están cambiando radicalmente: se trata de una verdadera “recomposición global”, de una metamorfosis total, como ya señalaron otros autores (p. ej. Hervieu-Léger...). Sin embargo, hay que afirmar también que los rituales no han desaparecido, sino que se han transformado, se han reubicado en nuevas ritualidades más acordes con la cultura y sensibilidad posmoderna. Lo que permanece, al menos en personas que tienen alguna creencia, es su capacidad de religar a lo sagrado, lo que implica el modo o mediación concreta de acceder al mundo invisible o trascendente. En este sentido se puede afirmar que la liturgia y los sacramentos, al menos para el cristiano creyente, no solo no van a desaparecer, sino que incluso vienen a ser los medios necesarios para religar o relacionar lo inmanente con lo trascendente, lo visible con lo invisible, unificando en su misma normatividad a todos cuantos comparten esta creencia religiosa.

Otra cosa es si estos ritos y rituales, esta liturgia y sacramentos, tal como están configurados hoy, son o pueden ser mediaciones para la relación del hombre creyente con el misterio creído, medios que asumen la realidad vivida con el ideal evangélico propuesto, “instrumentos” que aglutinan los diversos miembros de la comunidad cristiana, y en definitiva de la Iglesia.

3. Pervivencia en perspectiva histórica y eclesiológica

La liturgia y los sacramentos de la Iglesia no son invenciones de la modernidad. Son realidades que tienen sus antecedentes (figuras,

tipos...) ya en el Antiguo Testamento o historia del pueblo de Israel, su fundamento originario en los *facta et dicta* de Jesús, recogidos en los evangelios, y su desarrollo en la tradición viva de la Iglesia a través de los siglos, que en su situación histórico concreta ha ido explicando el contenido doctrinal y las expresiones rituales y litúrgicas (*per ritus et verba*) de los mismos.

Liturgia y sacramentos (*leitourgia*), junto con la Palabra (*martyria*) y la caridad (*diakonia*) constituyen los ejes sobre los que se desarrolla la vida de la Iglesia y de las comunidades cristianas. En unas épocas se ha puesto el acento en alguna de estas dimensiones; en otras épocas se ha insistido en dimensiones diferentes. Pero es evidente que, de una forma u otra, y a pesar de las dificultades por las que se ha pasado en cada momento, la misión de la Iglesia ha permanecido esencialmente invariable. La cuestión es saber cómo puede hoy realizar plena e integralmente la misión recibida. Si lo dado invariable en la liturgia y los sacramentos puede ser considerado como tal. Si la situación que vivimos no exige revisar algunos contenidos y formas, de modo que, evitando subjetivismos y extremismos, vengamos a responder a lo que piden y esperan los sujetos creyentes de la liturgia y los sacramentos, y a lo que los encargados o ministros les ofrecemos en nombre de la Iglesia.

Porque, si en general puede constatarse: que la mentalidad y sensibilidad de los creyentes ha cambiado; que la edad de los participantes es distinta (mayoría de personas mayores) a la de ayer; que ya no se unen los sacramentos a una edad y situación concretas; que los ministros y ministerios reclaman otra manera de ejercer sus ministerios, no solo en la liturgia, sino en la vida pastoral; que predominan las aspiraciones y propuestas de nuestro mundo en la libertad plena, en la reivindicación de los derechos humanos, en el éxito económico y el disfrute de la vida; y que muchos viven como “si Dios no existiera”... ¿Seguiremos haciendo como si no pasara nada? ¿Cómo relacionar la demanda con sus cambios a la oferta con sus ritos y sacramentos? No se trata de hacer *tabula rasa*, como si hubiera que comenzar de nuevo; pero sí de aceptar esta situación para responder y revitalizarla cristianamente, entre otros medios a través de una liturgia y sacramentos adaptados a esta situación.

Es verdad que no podemos abordar estas cuestiones como si todo dependiera de la acción humana y de la eficacia de los ritos. Tratamos de algo que responde a la voluntad de Dios, a la promesa y presencia misteriosa de Cristo, a la acción y dinamismo del Espíritu (*opus Trinitatis*). Y, por tanto, su pervivencia y su eficacia no podemos medirla con nuestra razón y categorías humanas. Solo Dios sabe cómo actúa y hasta donde llega su eficacia, en cada individuo, y en la Iglesia entera. Y no podemos olvidar que en cada liturgia y sacramento se hace presente y actúa la Iglesia universal, a través de la Iglesia local o la comunidad concreta, ya que se trata de un Cuerpo místico, de un templo, y de un “gran sacramento”, en el que se realizan los diversos sacramentos, y la sacramentalidad de la vida entera de bautizado creyente⁴.

4. Perspectiva comunitaria: Relación comunidad-sacramentos

Los ritos implican una dimensión comunitaria o colectiva y social.⁵ Más aún, solo llega a ser verdadero rito de una comunidad cuando es aceptado y compromete a la comunidad o colectividad. Un rito es una acción simbólica de una comunidad. En el rito hay un elemento de comunicación y de autocomunicación comunitaria. El rito es recreativo de la misma comunidad, de su estructura y de su vida. Por eso en las celebraciones litúrgicas se manifiesta la estructura de la comunidad, porque en su desarrollo intervienen los miembros de la comunidad según el puesto y la función que en ella desempeñan. Toda celebración en la Iglesia anuncia y llama a la participación.

4 Cf. José Cristo Rey GARCÍA PAREDES, “El futuro de los sacramentos en Europa”, *Revista de Teología* 106 (2011) 501-515. El autor propone algunas sugerencias o insistencias, para responder a esta situación: 1. Desarrollar la “dimensión estética”. 2. Tener presente su “dimensión terapéutica” o sanante. 3. Y no olvidar su “dimensión escatológica”. Aspectos que se encuentran desarrollados también otros temas que desarrollamos.

5 Uno de los autores que ha explicado esto de modo importante es V. TURNER, *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*, México 1989; Íd., *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*, Madrid: Taurus 1988; M. AMALADOSS, “Ritualidad, cultura e teología”, *La Civiltà Cattolica* 3275 (1986) 440- 454.

En la comunidad cristiana, sabemos que el rito central es la Eucaristía, hacia el que confluyen y remiten los demás sacramentos y celebraciones litúrgicas. La comunidad se implica y compromete en estos ritos diversamente, según la mayor o menor centralidad e importancia que les atribuye. De ahí que, aunque es verdad que todos los ritos cristianos manifiestan una imagen de la Iglesia, que la misma Iglesia está presente y es celebrante en cada asamblea litúrgica, que donde se celebran los sacramentos allí se realiza la Iglesia (*ubi sacramenta ibi ecclesia*), también es cierto que no en toda celebración aparece implicada la Iglesia de la misma manera (p. ej. en una procesión popular, o en la celebración del bautismo...).

Por otro lado, el rito manifiesta la relación *dialéctica* entre estructura y *communitas*, la tensión entre el ya y el todavía no, el dinamismo entre la repetición y la realización, entre lo ascendente y lo descendente, lo vertical y lo horizontal. Y es así porque el rito necesariamente se relaciona con el mito, con el relato fundante, con la narración y memoria primordial. Pero, dado que el rito nunca representa perfectamente el acontecimiento al que remite, y supuesto que el hombre y la *communitas* nunca son ya la plenitud, por eso mismo el rito es siempre profético y provocativo, ya que contesta y denuncia la situación actual y la mueve al ideal.

En todo caso, mientras perviva una comunidad creyente y celebrante, siempre pervivirán la liturgia y los sacramentos, de una u otra forma.

5. Especificidad de la liturgia y los sacramentos

Si hasta ahora nos hemos movido en un campo más bien antropológico religioso, y eclesial comunitario, ahora nos introducimos en un terreno más específicamente cristiano sacramental. En primer lugar, hay que precisar que, si bien los sacramentos son acción ritual, ni todo en el sacramento se reduce al rito, ni todo rito litúrgico es un sacramento. En segundo lugar, debemos tener claro que los sacramentos son celebraciones de la Iglesia, actos simbólicos por los que se expresa el encuentro del hombre con Dios, desde la iniciativa gratuita y graciosa del mismo Dios, que llama al hombre a acoger en respuesta de fe su gracia misericordiosa. Y, en tercer lugar, es preciso reconocer que

en los sacramentos se concentra la totalidad de la misión en sus diversas dimensiones, por lo que creemos que en la misma acción sacramental se manifiesta la pluralidad de funciones que le asignamos al rito del sacramento.⁶

a) *El sacramento como “eulogía”*

Los sacramentos son el corazón de la liturgia cristiana, y en ellos se manifiesta y realiza de modo privilegiado el doble sentido de la “bendición” bíblica (“bene-dictio”, “eu-logia”): la acción bondadosa, creadora y misericordiosa de Dios Padre respecto a los hombres, y la respuesta confiada y creyente del hombre que alaba y agradece a Dios su favor. Es el doble movimiento dialogal: de Dios al hombre para santificarle, del hombre a Dios para alabarle y reconocer sus grandezas (cf. CEC 1082-1083). Esta bendición del Dios trino no solo resalta la estructura trinitaria de la liturgia y los sacramentos, sino que también nos muestra la peculiaridad de la intervención bendicional de cada una de las personas. Pero la liturgia es también una respuesta de fe y de amor a estas bendiciones “mediante la adoración, la alabanza y la acción de gracias”, y sobre todo mediante la ofrenda eucarística, “a fin de que por la comunión en la muerte y en la resurrección de Cristo sacerdote y por el poder del Espíritu, estas bendiciones divinas den frutos de vida ‘para alabanza de la gloria de su gracia’” (núm. 1083).

b) *El sacramento como “anámnesis”*

Todo rito sacramental está unido al acontecimiento salvador que le da sentido, al “relato fundante” del que parte y al que remite. Esta remi-

6 Nos referimos a cómo en la *leiturgia* (rito) están implicadas también la *martyría* (palabra), la *koinonía* (comunión o unidad), la *diakonía* (servicio y caridad). El mismo Catecismo afirma en el núm. 1070: “La palabra ‘liturgia’ en el Nuevo Testamento es empleada para designar no solamente la celebración del culto divino (cf. Hch 13,2; Lc 1,23), sino también el anuncio del evangelio (cf. Rom 15,16; Fl 2,14-17.30) y la caridad en acto (Rom 15,27; 2Cor 9,12; Flp 2,25)”. Cf. D. BOROBIO, “Leitourgia y diakonía. La liturgia como expresión y realización de las cuatro dimensiones de la misión”, *Salmanticensis* 2 (1989) 135-156.

tencia puede encontrarse expresada en la Escritura más explícita o más implícitamente, pero siempre se da, como lo constata la tradición permanente de la Iglesia. Ahora bien, si el rito está unido al acontecimiento, es imposible que se repita el rito sin que se haga memoria del acontecimiento, sin que se actualice para aquellos que realizan el rito. En la liturgia de la Iglesia y sobre todo en los sacramentos, “Cristo significa y realiza principalmente su misterio pascual... El acontecimiento de la cruz y de la resurrección permanece y atrae todo hacia la vida”.⁷ Se trata de una memoria objetiva del mismo misterio salvador que ha entrado en la escatología y se actualiza de forma total en todos los sacramentos, especialmente la Eucaristía, aunque cada uno de ellos exprese uno de sus aspectos principales, en correspondencia con la estructura del signo esencial de cada uno.

c) *El sacramento como “mímesis”*

El rito sacramental, como todo rito, es puesta en escena, mostración visual (*il donne a voi*), imitación (*mímesis*), representación (*dromenon*)... del mito, del acontecimiento primordial o del relato fundante. Y esto lo hace a través de signos y símbolos, de palabras y acciones, de movimientos y gestos, de canto y de música.⁸ En este sentido la liturgia cristiana es también dramaturgia, implica una cierta teatralidad, puesto que pone en escena actores, oficiantes y asistentes, con una función determinada y una escenografía codificada, que manifiesta la identidad cristiana. El rito nos pone en relación con un mundo que nos supera o sobrepasa, con la otra cara invisible de la realidad, en la conciencia de que es imposible una transparencia total. En el rito sacramental se trata de una “representación simbólica, por la que se

7 CEC 1085; cf. CEC 1086; cf. I. OÑATIBIA, “El *Catecismo de la Iglesia Católica* en comparación con la *Sacrosanctum Concilium*”, *Phase* 194 (1993) 153-169.

8 Dice el CEC 1145: “Una celebración sacramental está tejida de signos y símbolos. Según la pedagogía divina de la salvación, su significación tiene su raíz en la obra de la creación y en la cultura humana, se perfila en los acontecimientos de la Antigua Alianza y se revela en plenitud en la persona y la obra de Cristo”. Cf. núms. 1146-1162.

nos remite a un más allá de lo inmediatamente dado, a la realidad invisible o trascendente.

d) *El sacramento como “koinonía”*

Los sacramentos son actos de Cristo en la mediación eclesial, y en cuanto a tales son también actos de la Iglesia, por la Iglesia y para la Iglesia, como bien afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica* 1118:

Los sacramentos son “de la Iglesia”, en el doble sentido de que existen “por ella” y “para ella”. Existen “por la Iglesia”, porque ella es el sacramento de la acción de Cristo que actúa en ella gracias a la misión del Espíritu Santo. Y existen “para la Iglesia”, porque ellos son sacramentos que constituyen la Iglesia, manifiestan y comunican a los hombres, sobre todo en la Eucaristía, el misterio de comunión del Dios Amor, uno en tres personas.

Así pues, los sacramentos son actos constitutivos de la Iglesia, por los que ella misma se manifiesta, se identifica y se realiza en su estructura ministerial y en su misión *ad intra* y *ad extra*. Por eso mismo no es posible una verdadera celebración del sacramento, si no es en comunión con la Iglesia. Celebrar un sacramento es identificarse personal, comunitaria y eclesialmente, es decir SÍ públicamente a la pertenencia eclesial, es renovar la fraternidad y la unidad, es mostrar en la asamblea reunida y celebrante la participación y la responsabilidad en la misión y edificación de la Iglesia en el mundo.

e) *El sacramento como “martyría”*

Los sacramentos son “ritos verbales” o “palabras rituales” (“*verbum visibile*”, en expresión de san Agustín), puesto que en ellos la palabra y el rito están indisociablemente unidos. Así dice el *Catecismo* en el núm. 1155:

La palabra y la acción litúrgica, indisociables en cuanto signos y enseñanza, lo son también en cuanto que realizan lo que significan. El Espíritu Santo, al suscitar la fe, no solamente procura una inteligencia de la Palabra de Dios suscitando la fe (*intelligentia fidei*). Por ello puede afirmarse también que los sacramentos son “acontecimientos de la palabra”, pero de una palabra no separada del rito, sino unida de forma diversa a un rito que también se diversifica y ordena en sistema simbólico a lo largo de toda

la celebración. Esta palabra plural no solo testifica la fe de la iglesia, sino también la fe de la asamblea reunida y la de cada uno de los participantes. Es proclamación y confesión, don y contradón en intercambio simbólico, anuncio de salvación y respuesta de fe que suscita y alimenta el Espíritu. “La asamblea litúrgica es ante todo comunión en la fe”.⁹

f) *El sacramento como “diakonía”*

Los sacramentos son “servicio litúrgico” a Dios, pero también compromiso de servicio a Dios en los hombres: por la caridad y el amor, la justicia y la solidaridad, la misericordia y el perdón... En ellos el *mitos*, el *symbolon* y el *ethos* se complican y remiten mutuamente para desplegar la verdad plena del sacramento. La confrontación del ideal con la realidad debe llevar a promover la realidad hacia el ideal, es decir, debe implicar una respuesta en actos, un compromiso de vida, un empeño de transformación, una verificación ética y social, personal y comunitaria, de aquello mismo que se significa y celebra. Es cierto que la eficacia de los sacramentos depende de la acción graciosa de Dios, por Cristo y en el Espíritu Santo, y no de los méritos o de la intensidad del compromiso de la voluntad del ministro o del sujeto. Pero también es verdad que esta eficacia mostrará todos sus frutos si las disposiciones de los sujetos son adecuadas, y si tales disposiciones se manifiestan en acciones coherentes en la vida. Cualquiera sea el rito que celebremos, nos implica en la aventura de la fe, nos religa a la práctica y por consiguiente a la ética, a la vez que da vida y sentido a las grandes actitudes y actos de nuestra existencia.¹⁰ En una palabra, no hay verdadera liturgia sin compromiso de *diakonía*, de servicio y entrega al amor, la justicia y la paz.

9 Cf. CEC 1102: “El anuncio de la Palabra de Dios no se reduce a una enseñanza: exige la respuesta de fe, como consentimiento y compromiso, con miras a la alianza entre Dios y su pueblo. Es también el Espíritu Santo quien da la gracia de la fe, la fortalece, y la hace crecer en la comunidad. La asamblea litúrgica es ante todo comunión en la fe”.

10 Cf. L.M. CHAUVET, *Símbolo y Sacramento. Dimensión constitutiva de la existencia cristiana* (Biblioteca Herder), Barcelona 1991, 233-271.

6. Los retos de una situación cultural nueva

Los ritos, como los sacramentos, son para los hombres, y su estructura, su lenguaje, su fuerza comunicativa debe adaptarse y sintonizar con la capacidad y sensibilidad del hombre. De nada sirve hablar un lenguaje que no se entiende, o emplear un rito que no dice nada, o hacer un gesto que no se puede interpretar. Si queremos una liturgia viva, es preciso buscar la correspondencia entre lo dado y lo recibido, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la mediación y los mediados, entre emisor-emisora y receptor. Y ello supone que atendemos a las condiciones, situaciones y capacidad de los sujetos con los que nos comunicamos con el rito. Desde esta atención creemos detectar estas nuevas situaciones en nuestro mundo cultural concreto:

a) Desplazamiento hacia lo subjetivo – privado

El hombre actual vive un proceso de retorno sobre su subjetividad, de afirmación del sujeto sobre el objeto. Lo objetivo más allá de sí mismo ha dejado de ser el centro. El sujeto ha venido a ser el centro de la escenificación del mundo, desde el que se recrea todo lo que está fuera de sí mismo.¹¹ Y ello conduce también a un acento en lo privado sobre lo público, a una valoración de las convicciones y sentimientos propios por encima de lo que viene ofrecido o exigido por las instituciones públicas, las normas y las convenciones sociales. El rito puede traducir lo indecible de las emociones, lo íntimo de la subjetividad. Por eso se buscan ritos que tocan los sentimientos, y en los que el sujeto puede expresar sus emociones.

b) Desplazamiento hacia la proximidad comunitaria

El hombre de hoy busca la proximidad de las relaciones interpersonales, y esto no lo encuentra en la gran masa o en el anonimato comu-

11 Cf. S. HEINE, "Emanzipation und Ritual: Liturgie im Streit zwischen Feier der Heilstatsachen und Inszenierung des Subjekts", en P. ZULEHNER – H.J. AUF DER MAUR – J. WEISMAYER, *Zeichen des lebens. Sakramente im Leben der Kirchen - Rituale im Leben der Menschen*, Ostfildern 2000, 241-261.

nitario. Por eso, frente a la institución oficial prefiere lo espontáneo e inmediato, frente a la masa anónima la comunidad selectiva, frente al universal lejano el grupo cercano. Son muchos los que prefieren valorar la realidad desde el filtro de los afectos personales, más que desde la racionalidad establecida y fría. Frente a los preceptos consecuencias respecto al rito serán: el rechazo de la celebración lejana y fría, formalista y anónima, y la preferencia de las celebraciones cercanas, acogedoras, que tienen en cuenta a la persona, que permiten expresar la fe y los sentimientos personales.

c) Desplazamiento hacia una creencia y una práctica por libre

Es bien conocida la relajación que hoy existe respecto al dogma y la moral en muchos de los bautizados. El impacto de la secularización, la exaltación de la libertad, la resistencia a aceptar verdades absolutas, el relativismo y subjetivismo reinante, el pluralismo religioso... explican este deslizamiento. Tanto en los individuos como en las familias “se aprecia una relajación o difuminación en algunas verdades dogmáticas, así como en la doctrina y moral cristianas, existiendo una gran distancia entre los contenidos de la fe confesada y la realidad existencial de la fe vivida, entre la moral oficial y la moral real. En muchos casos y hogares funcionan un “Dios, una Iglesia, una moral a la propia medida”.¹² Igualmente hay que decir que para muchos cristianos no cuentan mucho los ritmos establecidos para la celebración, ni las normas o los preceptos eclesiológicos. De ahí que muchos se confiesen “creyentes no practicantes”, que se prescindan fácilmente de la Eucaristía dominical y más de la penitencia, que se releguen los sacramentos a momentos de conveniencia o mayor libertad, como el bautismo de los niños, o el casamiento por la Iglesia, que se prefiera la participación libre en algunos actos de religiosidad popular.

12 D. BOROBIO, “Educación y vivencia en la familia cristiana”, *Sínite* 125 (2000) 3-32, aquí p. 28.

d) Desplazamiento hacia otras formas de expresión ritual-mediática

Los medios de comunicación actual y de la sociedad de consumo, sobre todo Internet, televisión... permiten al hombre elegir sus programas e información, disponer su propio trabajo, comunicarse a distancia desde su soledad, autoprogramar su vida, sin presencia de comunidad alguna, sometido solo a los imperativos y decisiones del propio yo. Todo ello se ha incrementado en este tiempo de pandemia. Esta forma de programarse y relacionarse implica una experiencia nueva de la realidad, porque permite recrear o reconstruir la realidad, porque implica una nueva percepción de la identidad, de la alteridad, de la socialización. El usuario decide y elige cuándo, cómo y con quién comunicar, qué descartar y anular, qué elegir y con quién dialogar.¹³ Esta forma de ser y de estar en el mundo del hombre actual, cada vez más extendida, tiene sus repercusiones en la liturgia: lleva al hombre a buscar, también entre la oferta ritual, su propio menú o aquella celebración que más le convence. Por eso, a veces se resiste a aceptar el rito que se impone desde fuera y en el que él no ha sido su propio gestor; por eso a veces el rito que piden o desean parece asemejarse a lo que sería “su propio menú ritual”. Así sucede cada vez más en no pocas peticiones de rito a la Iglesia, sobre todo en las situaciones transicionales o “ritos de paso”.

7. Conclusión: ¿Cómo y dónde pervivirán la liturgia y los sacramentos?

Es difícil responder a esta pregunta, porque ni este tiempo es toda la historia, ni esta situación será permanente, ni mucho menos somos adivinos. Pero, teniendo en cuenta las consideraciones anteriores, pensamos que, lo mismo que la Iglesia, pervivirán siempre, pues confiamos en que Cristo estará con nosotros hasta el final de los tiempos,

13 S. SASSI, “Cómo ser cristiano en el mundo de la cibernética”, *Cooperador Paulino* 110 (2001) 6-11.

y que su Espíritu infundirá nueva vida a lo que hoy parece muerto. Siempre permanecerá un “pequeño resto”, compuesto de creyentes y seguidores de Cristo (mayores, adultos, jóvenes, niños), que mantendrá viva la llama de la fe, y sentirá la necesidad de celebrar los misterios de su fe, según la forma litúrgica y sacramental esenciales, porque en ello radica su fidelidad a Cristo, su pertenencia a la Iglesia, y la continuación de una tradición viva recibida de generación en generación.

Por otro lado, hay que decir que los ritos cristianos no son propiedad de nadie, pertenecen a la Iglesia y son activados y transmitidos por la comunidad concreta. Y dentro de la comunidad de la Iglesia, hay que diferenciar la distinta actitud y comportamiento, función o ministerio que cada uno desempeña respecto al rito. El ministro que preside o administra un rito se sitúa ante él no como quien lo posee en monopolio, o como quien puede “instrumentalizar” su sentido, teniendo un poder sobre el mismo rito, sino como aquel que sirve al sentido y misterio del mismo rito, siendo responsable de su autenticidad, ayudando a que el rito despliegue toda su riqueza y verdad, evitando toda falsificación o instrumentalización. El sujeto cristiano que recibe el rito debe situarse ante él como quien tiene un derecho y como quien recibe un don, siendo igualmente responsable de que el rito se realice en toda su verdad y riqueza, asumiendo su sentido y su misterio, participando en la misma acción ritual de la que es también responsable y en la que toma parte activa: siendo receptor es también agente, teniendo un derecho no puede renunciar a su deber.

El problema es verificar en qué medida, siendo el rito un bien común, es vivido y realizado por cada uno de los sujetos intervinientes, de manera que se realice la *veritas riti* o *sacramenti*, y cada uno pueda expresar su vida y cumplir su misión. Si esto es así, no cabe duda de que, por difícil que sea el momento y las situaciones en que se marginan, o se demandan y ofrecen los sacramentos, siempre pervivirán para los cristianos creyentes y en la comunidad eclesial, bien se celebran en pequeño grupo o en asambleas más numerosas.

